

que á quien tuviese valor de traerle, vivo ó muerto, le prometo en galardón hacerle mi camarero.

SOLD. 1.º No habrá en la Corte quien hoy de tal premio codicioso no vaya. (Vase.)

CONSTAN. Corra esta voz; que si en mis manos cae vivo y la tierra no tragó su infame cuerpo, será ejemplo su muerte atroz. A un cuarto de mi palacio, Infanta, os retirad vos, mientras que al Rey vuestro padre de este caso aviso doy. En él quiero que estéis presa. Guardas, Alesio (1) le pon. (Llévanla.)

CAROLA. ¡Dios, amparo de inocentes, descubrid esta traición!

## ESCENA IX

CONSTANTINO, LIDORA y CLODIO.

CONSTAN. Venid, Lidora querida; que el cielo camino abrió á medida de mi gusto para gozarnos mejor.

LIDORA. (En todo soy venturosa, mi secretario mayor fingido hermano y amante de veras.) Vamos, que hoy quiero que sepas cuán firme en mi amor primero estoy.

CLODIO. ¡Cielos! ¿qué mudanza es esta? ¿Clodio, secretario yo? Pero según anda el mundo no me espanto.)

LIDORA. ¿Vienes?

CLODIO. Voy.  
¿Yo secretario del Cesar?  
No caigamos plegue á Dios. (Vanse.)

## ESCENA X

Salen: TARSO, con una cesta abierta, é ITALIO, pastores.

TARSO. Basta.

ITALIO. Villano, ¿por ti me ha de despreciar Melisa?

TARSO. Como la primer camisa que en mi vida me vestí me acuerdo de ella.

ITALIO. Pastor, tan loco de celos vivo, que mientras lo estés, me privo de vivir.

TARSO. Bravo favor.

ITALIO. O te has de ir de la Cámara (2) ó perder aquí la vida.

TARSO. ¿La vida? ¿Es barro? Escondida

(1) En el original así: en la reimpression dice «de vista».

(2) Así en ambos impresos. Tarso habrá escrito «comarca» que pide el consonante.

debe haber otra en el arca. Anda con Dios que estás loco; basta decir que aborrezco á Melisa y que os empezo en vuestros amores poco; más sublime el vuelo tiene mi amor, pues pica más alto, que, aunque de méritos falto, por lo menos ama á Irene. Aquí un regalo la llevo; Itelio quedaos con Dios. crecerá mi mal de nuevo. Poco importa, Tarso esquivo, que aborrescas mi pastora, si ella tu presencia adora. Mientras que estuvierdes vivo;

(Saca Itelio una daga.)

ITALIO.

ha de morir mi esesperanza muere tú porque ella viva.

TARSO. De la paciencia me priva tu locura y mi venganza.

(Saca Tarso otra daga y mátale.)

TARSO.

Toma, pues amas tan poco la vida...

ITALIO.

TARSO.

¡Ay!  
Tu desconcierto te mata; y más vales muerto que vivir celoso y loco. Murió; huir me conviene antes que tenga noticia del matador la justicia. Mi sagrado será Irene.

(Vase.)

## ESCENA XI

Sale LEONCIO.

Pies perezosos, ¿qué es esto? Huid, ¿quién os entorpece, que en el turbaros parece que grillos en vos me han puesto? Mas ¡ay! que del malhechor propio efecto el temor es, y para turbar los pies ¿qué más grillos que el temor? Tan atajado me hallo de los que tras mí han venido, que he tomado por partido desjarretar el caballo y esconderme en la espesura de este monte, mas ¿qué importa? que si mi dicha es tan corta y el Emperador procura matarme, no ha de haber donde, vida, estéis segura vos, porque un Rey es como Dios que ninguno se le esconde.

(Tropieza con el muerto.)

¡Jesús! en medio el camino ó durmiendo, ó muerto está un hombre; agüero será del mortal fin que imagino. Quiero hacerle que despierte. Hombre, ¿duermes? ¿Qué pretendo, si he visto que está durmiendo

## ESCENA XIV

Salen los PASTORES y los GUARDAS.

FLORIO. Por aquí sentí ruido.

DAMÓN. Llegad paso, no se asombre y se nos vaya.

FLORIO. ¡Hola! un hombre está en el suelo tendido.

DAMÓN. Pues agarradle los dos y asidle bien.

FLORIO. Su malicia pague.

DAMÓN. ¡Tené á la justicia! Muerto está.

GUAR. 1.º ¡Válgame Dios! ¿qué miro! ¿no es el que veo Leoncio?

GUAR. 2.º El es.

GUAR. 1.º ¿Quién le ha dado muerte?

FLORIO. El rostro desollado tiene.

DAMÓN. A fe que está bien feo.

FLORIO. Y aun las manos, ¡bravo ultraje!

DAMÓN. Pues no es San Bartolomé

GUAR. 1.º ¿Si es él, ó si me engañé? mas no, que aqueste es su traje. Este vestido ó cadena conozco.

GUAR. 2.º Pues ¿qué enemigo pudo darle tal castigo, que me causa verle pena?

GUAR. 1.º Aún dudo mucho si es él.

GUAR. 2.º Mírale las faltriqueras, satisfacerá de veras.

GUAR. 1.º Aquí he topado un papel.

GUAR. 2.º Por él lo sabrás mejor.

GUAR. 1.º Mirar lo que dice quiero: «A Leoncio, camarero mayor del Emperador.»

DAMÓN. No me quiero encamarar si me han de quitar la vida.

GUAR. 1.º Sin duda que el homicida debió partirse á buscar alguna cabalgadura para llevarle á la corte por cobrar el premio en porte de esta cruel aventura.

DAMÓN. Ten de ahí que aquesta vez le echamos la bendición.

FLORIO. Ya, Alcalde, sois camarón; ¡buen oficio!

DAMÓN. Sí, pardiez.

FLORIO. Ya la gravedad os urge allá dentro; Camarlengo sois del César.

DAMÓN. Sí, que tengo oficio de día de purga.

(Vanse y llevan al difunto.)

## ESCENA XV

Salen ANDRONIO y TARSO.

TARSO.

Hazme aquesta merced, señor.

en la cama de la muerte? ¡Válgame Dios! ya adivino de mi fin el triste punto, pues ha salido un difunto para enseñarme el camino. Porque el salir de esta suerte un hombre al paso en tal caso es para enseñarme el paso que hay de la vida á la muerte. Mas, ánimo, corazón, que para enseñaros muestra la necesidad, maestra de enredos, una invención. Venid, difunto, que en medio de esta selva entretejida, seréis, aunque estéis sin vida, hoy de mi vida el remedio. (Llévale.)

## ESCENA XII

Salen los PASTORES y con ellos dos GUARDAS del Emperador. DAMÓN sale como Alcalde.

GUAR. 1.º Ya os dije el traje y las señas.

DAMÓN. Bien las sé; pierda cuidado.

FLORIO. Estar debe agazapado como liebre entre estas peñas.

GUAR. 2.º Si le halláredes, os hace de su cámara el Augusto.

DAMÓN. ¿De su cámara? No gusto de ese cargo; no me place.

FLORIO. Ofrezco al diablo el oficio de cámaras.

DAMÓN. Yo os le doy; si de su cámara soy, querrá que esté á su servicio.

GUAR. 1.º Es dignidad noble y grave.

DAMÓN. Si será; mas huele mal.

GUAR. 1.º Tiene el que es [más] principal de su cámara la llave; mirad si es gran preeminencia.

DAMÓN. Si de su cámara da la llave, nunca podrá hacella sin su licencia. ¡Pardiez! si no se me escapa, y camarón me han de hacer, que he de ir á Roma á ser de la cámara del Papa. (Vanse.)

## ESCENA XIII

Saca LEONCIO el muerto ensangrentadas cara y manos y trocados los vestidos.

LEONCIO. La cara le he desollado, y con mi propio vestido él es Leoncio fingido, y yo un pastor disfrazado. Aquí no importa dejarle, porque guardas y justicia si á Leoncio hallar codicia, le venga á hallar sin hallarle. Adiós, que en este desierto los dos hacemos el vivo; un muerto yo que está vivo, vos un vivo que está muerto. (Vase.)

ANDRONIO.  
Notables  
muestras das de leal; yo te concedo,  
pastor, que á Irene comuniqués y hables;  
entra y despacha luego.

TARSO.  
Desde hoy quedo  
por tu esclavo.

ANDRONIO.  
Sea breve la salida. (Vase Tarso.)

## ESCENA XVI

ANDRONIO.  
¡Que persuadirme á tal delito puedo!  
¡que quiera hacerme bárbaro homicida,  
el César, de su madre y su señora!  
¡La vida quite á quien le dió la vida!  
Pero buena ocasión se ofrece ahora,  
amor, lealtad, temor dentro del pecho,  
que á Irene va á matar y á Irene adora.  
¿Es posible que el breve trato ha hecho  
tan grande efecto en mí que amor de Irene  
ponga mi libertad en tal estrecho?  
¿Yo á Irene amor? ¿á quien el mundo tiene  
por maravilla suya? ¿no es más justo  
que este apetito la razón refrene?  
Mas ¿cómo ha de poder, si corre el gusto  
á rienda suelta, y la pasión ha roto  
de la sabia prudencia el freno justo?  
Navega mi deseo en mar ignoto,  
¿qué mucho que me anegue siendo ciego  
de aquesta pobre barca el vil piloto?  
¿La estopa no se abrasa junto al fuego?  
¿Está junto al ladrón seguro el oro?  
Hacienda por el mar, dinero en juego,  
todo corre peligro, y yo que adoro  
de mi divina presa la hermosura,  
perdonen mi deslealtad y su decoro,  
gozar quiero primero mi ventura  
y luego darla muerte, pues me ofrece  
mi amor y el César esta coyuntura.  
Atrevimiento extraño me parece,  
pero, si ha de morir, mi desatino  
no se sabrá jamás: pues ya anochece  
yo quiero dar contento á Constantino  
y á mi fuego amoroso; de este modo...  
Mas ¡ay! que voy á hacer un desatino;  
pero si así mi amor hoy acomodo,  
aunque sea traidor, alma, buen pecho;  
que andando como anda el mundo todo,  
necedad es andar á lo derecho. (Vase.)

## ESCENA XVII

Salen IRENE y TARSO.

TARSO. Yo sé que el Emperador  
ha mandado darte muerte,  
y será fácil ponerte  
en salvo si de pastor  
te vistes, y en mi lugar  
sales, pues la noche oscura  
cualquier engaño asegura.

Ea, vamos trocar  
los vestidos.

IRENE. Dete Grecia,  
Tarso, la palma y laurel,  
por el más leal y fiel  
que el siglo presente precia,  
que yo, aunque te cause espanto,  
antes en morir me fundo,  
que en sufrir que pierda el mundo  
un hombre que vale tanto.  
Vete con Dios, que me aflijo  
de que con tal desengaño  
me dé la vida un extraño  
cuando me la quita un hijo.  
TARSO. Yo me tengo de dar muerte  
si no procuras huir;  
y pues tengo de morir,  
señora, de cualquier suerte,  
goza del tiempo oportuno;  
salva la vida, por Dios;  
que no es bien que mueran dos  
pudiendo vivir el uno.  
Mi trágico fin ordeno  
si pones más intervalos.

IRENE. ¡Cielos, que entre tantos malos  
haya un hombre que es tan bueno!

## ESCENA XVIII

Salen CONSTANTINO y el REY DE CHIPRE.

REY.

Escríbeme que mi liviana hija  
mi honra, gran señor, tiene manchada,  
y espántaste de que el camino elija;  
déjame hacer, su infamia averiguada,  
y verás que en su torpe sangre dejo  
la mancha triste de su honor lavada.  
Mas ¿es posible que la que era espejo  
de las mujeres, poderoso Augusto,  
la sangre injurie de su padre viejo?  
¿Adúltera, Carola? ¡Cielo injusto!  
¿Carola de un adúltero preñada?  
Deja que dude, que el dudarle es justo.  
Carola en todo el mundo celebrada  
por Vesta en castidad cuando doncella,  
¿lasciva Venus es cuando casada?  
Mil imposibles tiene tu querella;  
perdóname si ves que dificulto,  
que una pasión por todas atropella.

CONSTANTINO.

A no ser cierto, Rey, aqueste insulto,  
¿soy hombre yo, que habla de afirmarle?  
Grecia te lo dirá, que no es oculto,  
y tuvieras razón para dudarle  
si fuera menos yo y él más secreto,  
y no se murmurara en cualquier calle.  
Trata á tu Emperador con más respeto,  
que poner en mi duda es desacato,  
y te castigaré.

REY.

Vesme sujeto,  
y en fin llegué á tu corte sin recato,  
que yo sé que me hablaras de otra suerte

REY.

¡Válgame Dios! ¿que á tan notable exceso  
llega mi infamia? pues me dejáis vivo,  
quitadme, cielos, con la honra el seso.  
A ver este delito me apercibo:  
haz que no sepa, César, mi venida;  
verás presto mi enojo vengativo,  
y, adiós, que voy á entretener la vida  
porque no se me acabe hasta que sea  
de aquesta infame hija filicida  
y mi venganza con mi muerte vea. (Vase.)

## ESCENA XIX

Salen CLODIO y LIDORA. CONSTANTINO retirado.

CONSTAN. En brava confusión quedo.  
¿Quién me ha enseñado á mentir,  
y cómo podré cumplir  
con mi fama y con mi enredo?  
LIDORA. Esta noche gozarás  
la esperanza que entretienes  
si, como te digo, vienes,  
Clodio, solo como estás,  
y entras por la sala donde  
guardan la Infanta Carola,  
que tiene una puerta sola  
que á mi cuadra corresponde.  
Ves aquí la llave della,  
que ya te ha dado mi amor  
la del alma.

CLODIO. Ese favor  
estimo, Lidora bella.  
¿Qué en tu dichoso retrete  
tendrá fin mi pena?

LIDORA. Si.  
CLODIO. Quedo; el César está allí.

LIDORA. ¿Hate visto?

CLODIO. No.

LIDORA. Pues vete.

CLODIO. Adiós; noche perezosa,  
á apresurar tu camino  
me parto. (Vase.)

## ESCENA XX

Salen CONSTANTINO; luego UN CRIADO.—DICHA.

LIDORA. ¡Mi Constantino!

CONSTAN. ¡Dulce y bellísima esposa!

LIDORA. ¿Qué pensamiento os divierte  
y os tiene triste y suspenso?

CONSTAN. Una traza, mi bien, pienso  
con que al de Chipre dar muerte,  
que importa á nuestro respeto (1).

(Tocan cajas y sale un Criado.)

¿Qué es esto?

CRIAD. 1.º César invicto:

Roselio viene de Egipto

y su Soldán victorioso.

CONSTAN. El viene á buena ocasión;

premio su esfuerzo merece;

un medio el cielo me ofrece

importante á mi intención.

A ver su entrada salgamos,

que es un famoso soldado.

(1) Así en los impresos: deberá leerse «reposo».

si me vieras con bélico aparato.  
Mas, Constantino, la razón advierte  
que me fuerza á temer y estar dudoso,  
verás que es grande y mi sospecha fuerte.  
El día mismo que te dió de esposo  
nombre mi hija (nunca te le diera),  
en el fuego de amor libidinoso  
de una vil mujer, Circe hechicera,  
según vengo informado, te encendiste,  
fingiendo esta maraña, esta quimera.  
A tu madre en prisión cruel pusiste,  
temiendo que á tu amor vano é injusto  
pusiera fin, que, aunque mujer, temiste.  
Si es prenda tuya, pues, invicto Augusto,  
la que tiene mi hija en sus entrañas,  
¿por qué deshonra mi vejez tu gusto?  
Ella lo jura así, cesen marañas,  
pues hay de su inocencia mil indicios  
que muestran que te engañan ó me engañas.  
Pobres, ricos, plebeyos y patricios  
á Carola apellidan por señora,  
y aun no sé si murmuran de tus vicios.  
Pues si tienes tu madre presa ahora,  
siendo de la virtud claro dechado,  
y posones mi hija por Lidora;  
si has afrentado tu imperial Senado,  
que era la basa de tu griego imperio,  
por habértelo justo aconsejado,  
¿qué mucho que quien tiene en cautiverio  
su esposa y madre ordene esta maraña  
y finja aquel ilícito adulterio?

CONSTANTINO.

Si el dolor que tus canas acompaña  
no me hicieran creer que estás sin seso,  
fuera motivo de una cruel hazaña.  
Si huyó el autor de aqueste vil suceso,  
¿no es bastante ocasión que fué culpado  
Leoncio, pues huyó? Déjate de eso,  
y agradece que no te he castigado.

REY.

Pluguiese á Dios que aquí me dices muerte  
por no vivir confuso y afrentado:  
que dos hijos me dió mi infeliz suerte  
que vengaran mi vida.

CONSTANTINO.

Porque creas,  
Rey, que es verdad cuanto te digo, advierte:  
yo quiero hacer que aquesta noche veas  
tu afrenta y desengaño, y que escondido,  
testigo de tu mismo agravio seas.  
No solamente el vil Leoncio ha sido  
quien de Carola mancha el nombre honesto  
y es el Eneas de esa casta Dido;  
con la Guarda mayor es manifiesto  
que en la prisión su nombre y fama infama;  
tú propio puedes ser testigo de esto;  
detrás de las cortinas de su cama  
te puedes esconder, y por tus ojos  
efectos ver de su lasciva llama.  
Castiga sus ilícitos antojos,  
que si en silencio tuve este suceso  
fué por no acrecentar más tus enojos.

Buena maraña he forjado;  
mataránse los dos, vamos. *(Vanse.)*

## ESCENA XXI

*Salen IRENE, de pastor, y ANDRONIO.*

IRENE. Tu lealtad al mundo asombre;  
la fama te inmortalice,  
y en mármoles eternice,  
pastor famoso, tu nombre.  
ANDRON. ¿Vaste?  
IRENE. Sí, que es largo el trecho  
de nuestro pueblo y es tarde.  
ANDRON. Anda con Dios.  
IRENE. El te guarde  
y me saque de este estrecho.  
*(Vase Irene.)*

## ESCENA XXII

*ANDRONIO.*

¿Contó jamás la mentirosa fama  
igual suceso y caso de esta suerte  
en cuantas partes de sus plumas vierte  
las nubes portentosas que derrama?  
¿Contó jamás de un hombre que en la llama  
se abrasa de amor, dios cobarde y fuerte,  
que pretenda gozar y dar la muerte  
á un mismo tiempo á quien adora y ama?  
Rigor es inaudito y sin segundo;  
mas, por vivir, á hacerle me provoco,  
pues en su ejecución mi vida fundo.  
Cuenta la fama, pues, mi intento loco,  
que yo sé que dirá después el mundo  
que en un reino al revés todo esto es poco.  
*(Vase.)*

## ESCENA XXIII

*Salen SOLDADOS y sacan mesa, vela, dados y juegan.*

SOLD. 1.º Sacar dineros, soldados.  
SOLD. 2.º ¿No hay harta noche?  
SOLD. 1.º ¿Qué importa,  
si la más larga es más corta  
cuando se juega? Echen dados.  
Pasé á nueve.  
SOLD. 2.º Topo y gano,  
los tres á once.  
SOLD. 1.º Topo,  
aquí y aquí.  
¡Voto á Dios! Gané.  
SOLD. 4.º Perdí.  
Venturosa fué esta mano.  
Eche.  
SOLD. 2.º A ocho he de parar,  
esto.  
SOLD. 1.º Pase, no le duela.  
SOLD. 3.º Despabilen esa vela.  
SOLD. 2.º Repárola.  
SOLD. 1.º Topo.  
SOLD. 4.º ¡Azar!  
SOLD. 2.º Siete y llevar.  
SOLD. 1.º Lléveme  
el diablo si aquesta pierdo.

## ESCENA XXIV

*Salen TARSO, con el traje de IRENE, y ANDRONIO.*

ANDRON. No hay, señora, amante cuerdo;  
amor es ciego y no ve.  
Dadme gusto, y vive Dios  
que del fiero matricida  
ponga en salvo vuestra vida  
huyendo juntos los dos.  
Ea, respondedme, pues  
veis á lo que estoy dispuesto.  
TARSO. ¡No faltaba más que aquesto  
para andar todo al revés!  
Ya no puede durar nada,  
habiendo luz, mi disfraz;  
ánimo, ciego rapaz,  
quitarle quiero la espada.  
*(Quitale la espada.)*

Hombre no más que en el nombre,  
tu muerte tiene de ser  
un hombre que hecho mujer  
dará muestras de que es hombre.  
Irene huyó; mi valor  
la dió libertad.

ANDRON. Soldados,  
dejad los infames dados,  
matad á aqueste traidor.  
*(Echan mano todos contra él.)*

SOLD. 1.º ¿Traidor? Traidora dirás.

¿No es mujer?  
TARSO. Cuando lo fuera,  
bastante una mujer era  
para vosotros, y aun más.

ANDRON. Muera, que es un vil pastor.  
TARSO. Huid, que es lo que os conviene,  
que con el traje de Irene  
me ha vestido su valor. *(Vase.)*

ANDRON. Seguidle, escuadrón cobarde.

SOLD. 1.º Vamos. *(Vanse los Soldados.)*

ANDRON. ¡Ay, cielo enemigo!  
el César me da un castigo  
atroz, no es bien que le aguarde;  
huyamos, pues, vida amada,  
que estáis en notable estrecho;  
¡qué buena burla me han hecho  
á no salir tan pesada! *(Vase.)*

## ESCENA XXV

*Salen ROSELIO y CONSTANTINO.*

ROSELIO. ¿Mi hermana, cielos, manchó  
su sangre siendo liviana?  
¡Jesús! ¿mi hermana? ¿mi hermana?  
¿duermo? mas ¡ay, Dios, que no!  
CONSTAN. Yo os pondré, Roselio, en parte,  
donde del daño que digo,  
siendo vos propio el testigo,  
cojáis á Venus con Marte.  
ROSELIO. Alto, pues, honra perdida:  
la venganza es bien que os cuadre;  
vamos, no sepa mi padre,  
señor, mi triste venida  
hasta que de mí colija  
que el cielo le quiso dar  
hijo que sabe vengar  
las infamias de su hija. *(Vase.)*

## ESCENA XXVII

*Sale CONSTANTINO.—DICHOS.*

CONSTAN. Que se mataron colijo  
los dos, traza fué excelente.  
¡Ah de mi guarda! ¡hachas! ¡gente!  
*(Sacan hachas.)*

¿Qué es aquesto?

ROSELIO. ¡Padre!  
REY. ¡Hijo!  
CONSTAN. Trocóse mi regocijo;  
vivos los dos han quedado.  
¡Todo al revés, cielo airado!  
ROSELIO. ¿Señor?  
REY. Infante, ¿en tal parte?  
¿á qué viniste?

ROSELIO. A vengarte.  
REY. Ya yo propio me he vengado.

¡Ay invicto Emperador!  
que á mi costa salió cierto  
lo que dijiste: ya he muerto,  
no castigado, al traidor.  
Pero, ¿cómo mi rigor,  
siendo la injuria sangrienta,  
con tan poco se contenta?  
Vamos, que una muerte sola  
no basta, ¡muera Carola!  
*(Vanse los dos.)*

ROSELIO. Muera, y con ella esta afrenta.

CONSTAN. Mátenla y podré gozar  
seguro esposa é imperio.  
¡Ah desdichado Liberio,  
tú lo hubiste de pagar!  
¿Quién te trajo á este lugar  
para morir sin reparo?  
Llévadle de aquí; ¡qué avaro  
te fué el cielo! ¡ay mi Lidora!  
dirás que te salió ahora  
tu amor é Imperio bien caro. *(Vase.)*

## ESCENA XXVIII

*Sale CAROLA medio desnuda.*

Ya no hay, fortuna atrevida,  
con que perseguirme más.  
¿Estás contenta? no harás,  
porque aún me ves con la vida.  
Sólo el honor me convida  
á guardarla, que no huyera  
si honrada morir pudiera.  
Esta puerta sale al mar.  
Peces: ¿queréisme ayudar  
en persecución tan fiera?  
¡Qué de cosas he perdido  
juntas, mundo burlador!  
Imperio, esposo y honor,  
padre, hermano y el vestido;  
casi desnuda he salido  
huyendo mi muerte: pies  
huyamos á la mar, pues  
quizá en su golfo profundo,  
andaré derecho el mundo  
pues en tierra anda al revés.

CONSTAN. Bien se traza de esta suerte;  
de noche es; haré, aunque ladre  
contra mí el vulgo, que un padre  
y un hijo se den la muerte. *(Vase.)*

## ESCENA XXVI

*Sale el REY DE CHIPRE y luego ROSELIO. Luego CLODIO.*

REY. Este es el teatro, honor,  
donde el mundo representa,  
aunque á oscuras, nuestra afrenta,  
tu venganza y mi rigor.  
El papel tienes mejor,  
sal, si decirle procuras,  
y si á mucho te aventuras  
á oscuras, no temas, llega,  
que pues la venganza es ciega  
bien puedes vengarte á oscuras.

*(Sale Roselio por la otra puerta.)*

ROSELIO. Aquí me trajo el Augusto,  
donde á oscuras he de ser  
lince, que tengo de ver  
mis agravios, ¡mundo injusto!  
A oscuras vengarme gusto;  
que si la luz es testigo  
de la deshonra que digo,  
saldrá[se] á luz mi despecho,  
y delito á oscuras hecho  
á oscuras pide castigo.

REY. Parece que las pisadas  
del adúltero me avisan  
que sus plantas viles pisan  
de mi infamia las moradas;  
ánimo, venas heladas,  
dad á la venganza rienda  
y no sufráis que os ofenda  
sangre vil, sin sacar sangre;  
que la afrenta que es de sangre  
justo es que la sangre encienda.

*(Saca la daga.)*

Salid, vengativa daga,  
y cuando pase, abrid paso  
á su vida, que en tal caso,  
sólo así mi honor se paga.

ROSELIO. No sé, cielos, lo que haga;  
temblando voy; mas, honor,  
¿dónde está vuestro valor?

*(Saca otra daga Roselio.)*

¿De qué tembláis, brazo flojo?  
Mas también tiembla el enojo  
cuando echa fuera el temor.

*(Sale Clodio por en medio de ellos.)*

CLODIO. Esta es la dichosa hora  
para mi ventura cierta,  
y este el cuarto de la puerta  
donde me aguarda Lidora;  
presa aquí la infanta mora;  
gozar quiero la ocasión  
y abrir.

REY. Ahora, corazón,  
sacad la flaqueza fuera.  
Muera el vil.

ROSELIO. El traidor muera.

*(Danle los dos, uno por las espaldas,  
otro por el pecho.)*

CLODIO. ¡Ay, muerto soy, confesión!

## ACTO TERCERO

## ESCENA PRIMERA

Sale IRENE vestida de pastor.

IRENE.

Monte soberbio, que entre pardas nubes de estrellas coronado imitas á Nembrot y al sol asaltas, pues hasta el cielo subes; si á la verdad que allá se fué has mirado, vivir de asiento en sus moradas altas, declárale las faltas que en la tierra introdujo la malicia; dile que no hay justicia, que el mundo y su gobierno está de modo que, andando al revés todo, del hijo la madre huye, porque su vida, bárbaro destruye, hallando aunque te asombres, en tus fieras piedad, mas no en los hombres.

## ESCENA II

Sale TARSO de pastor. Dentro CAROLA y un MARINERO.—DICHA.

TARSO.

En tus fieras piedad, mas no en los hombres, pienso hallar monte espeso, que ya en los hombres tu aspereza fundo. Trocad, brutos, los nombres por ellos, que por más brutos confieso los que hombres llama el engañado mundo; un Príncipe iracundo que á su madre ha querido dar la muerte, hace que de esta suerte huya, porque de su tirana furia estorbe aquesta injuria. Mi habitación seréis áspero monte, sepa vuestro horizonte que hoy á habitar vuestra esperanza viene, Tarso, el pastor que dió la vida á Irene.

IRENE.

Aquí, cielos, ¿qué escucho? Fortuna ciega, no te temo ahora. Libertador solemne de aquesta vida con quien peno y lucho, mi dicha con tu vista se mejora.

TARSO.

Bellísima señora, ¿es posible que aquí te trajó el cielo? Que lo sueño recelo; vida, en verte recibo.

IRENE.

Tarso, ¿qué, vienes libre?

TARSO.

Libre y vivo; porque vengué tu ultraje con el valor que me vestí en tu traje.

IRENE.

Pues la fortuna en paz, su guerra muda, cese el rigor; piadoso cielo, ayuda.  
(Gritan de dentro CAROLA y un Marinero.)

CAROLA.

¡Cese el rigor: piadoso cielo, ayuda!

MARINERO.

No temas, que la tierra está cerca, señora.

CAROLA.

¡Ay mar airada!

¡Vuestro favor acuda; sed, Virgen, paz en tan confusa guerra, por ser mujer, cual vos más desdichada!

MARINERO.

Ya no hay que temer nada, tira de aquesta cuerda.

IRENE.

Tarso, espera;

una voz lastimera sale del mar.

## ESCENA III

Sale un MARINERO mojado y tirando de un cordel, á quien va asida CAROLA sobre una tabla.—DICHA.

CAROLA.

¡Ay cielos, que me muelo!

IRENE.

¿No ves un Marinero y una mujer asida á aquella tabla que ni se mueve ni habla?

MARINERO.

Libre estás ya del mar, mujer; levanta.

CAROLA.

¡Ay, perseguida y desgraciada Infanta!

IRENE.

¿Ay, perseguida y desdichada Infanta? ¿qué desdicha te ha puesto en tal aprieto? Mas ¿qué pregunto, si el que de esta suerte me hace andar, con desatinos vive? ¡Ah Infanta!, ¡ah mi Carola!

CAROLA.

¿Quién me llama?

IRENE.

Irene soy.

CAROLA.

¿Irene?

IRENE.

La infelice.

CAROLA.

¿La madre de mi esposo?

CAROLA.

¡Ay, Jesús, qué dolor!

IRENE.

¡Ay, hijo loco! (Vase.)

## ESCENA IV

Salen CONSTANTINO, MACRINO y LIDORA.

CONSTAN. Ya Carola será muerta; que aunque del padre y hermano al mar huyó por la huerta, fueron tras ella, y es llano que harán su venganza cierta. Huyó mi madre también, y aunque el darla muerte fuera más seguro, me está bien que por otras manos muera, que no me faltará quien me asegure el reino y tierra con su muerte; y pues destierra su ambición y así se va de mi Imperio, no podrá con su ayuda hacerme guerra. En fin, que el morir Liberio, aunque con tal vituperio, fué causa, bella Lidora, de que gocemos ahora los dos seguro el Imperio.

LIDORA. No puedo negar, señor, la pena que siento en vano por mi hermano, que su amor pasaba de amor de hermano á otro más estrecho amor. Mas aunque con ella lucho, por ser vuestro gusto escucho; doy por bien su muerte presta, porque si mucho me cuesta, entendáis que os amo mucho.

CONSTAN. Mucho amáis, porque os amé mucho; ya, gracias al cielo, mi Imperio regir podré, sin que temor ni recelo madre y esposa me dé. Desde hoy hacer determino leyes que, de Constantino, Constantinas llame el mundo, siendo Licurgo segundo de Grecia. Llama, Macrino, á audiencia todos los presos; que, pues deshice el Senado que juzgaba sus procesos, es bien que tenga cuidado de castigar sus excesos.

MACRINO. Yo voy. (Vase.)

LIDORA. Esos ejercicios dan, mi bien, de vos indicios, reconociendo en vos Grecia juez que las virtudes precia y que castiga los vicios. (Siéntanse.)

CONSTAN. Sentaos, pues, que vuestro amor ha de ser mi guía.

(Salen Macrino y un Relator.)

MACRINO. Señor, ya tienes en tu presencia presos á quien dar audiencia.

IRENE.

La que diera por no serlo la vida que él persigue.

CAROLA.

Ya muero con contento en tu presencia; dame esos brazos.

IRENE.

No permita el cielo que á ver mis ojos tal desgracia lleguen.

MARINERO.

¡Cielos!, ¿esta es Irene? ¿esta es Carola, madre y esposa del Monarca griego? Sin duda que el temor de verse presas les hizo que, rompiendo las prisiones, huyesen de este modo. Mas ¿qué aguardo, que no voy á avisar á Constantino? Pues sabiendo por mí que aquí se esconden, saldré de pescador con las mercedes que de su mano espero. Adiós, señores, que, pues la Infanta, á quien sin conocerla, la vida he dado, en vuestra compañía está segura y libre, yo me parto en busca de los otros compañeros que conmigo saltaron de la barca, cuando la abrieron las mojadas rocas.

CAROLA.

Aún no tengo con qué poder pagarte el favor que me has dado. El cielo quiera darme con que te premie este socorro.

MARINERO.

Adiós. (A dar aviso al César corro.) (Vase.)

IRENE.

Infelice señora, ¿qué fortuna nos persigue á las dos?

CAROLA.

Aquese monstruo, que por hijo te dió nuestra desdicha, á mi padre y hermano ha persuadido que en adúlteros brazos le deshonor, y huyendo de su furia... Mas, ¡ay cielos! ¡qué terrible dolor! ¡Jesús, que muero!

TARSO.

Pues ten, señora, esfuerzo y no le pierdas, y vamos, que en lo espeso de este monte haremos chozas de sus verdes ramas, y aunque groseras, camas de sus hojas. Mi pedernal y yesca dará lumbre con que enjugar las ropas y abrigarte; y aunque en peligro ponga aquesta vida, iré al lugar y pueblo más cercano á traer de comer, aunque el vestido en truco deje.

IRENE.

Vamos, poco á poco.

## EXCENA V

*Salen los Presos, y van llegando como los van nombrando.*

CONSTAN. Diga, pues, el Relator, ¿por qué está aqueste hombre preso?

RELATOR. Es un ladrón afamado que, como reza el proceso, ha estado ya sentenciado otra vez á ahorcar.

CONSTAN. ¿Por eso?  
RELATOR. Sí, que son de precio extraño los hurtos que en solo un año en Constantinopla ha hecho.

CONSTAN. Hágale muy buen provecho; soltarle, no le hagáis daño. Licurgo Lacedemón, cuyas sabias leyes sigo, estableció, y con razón, que no le diesen castigo por ningún hurto al ladrón. Pues sus leyes os enseñó, soltarle, que no es pequeño el peligro á que se arroja de que en las manos le coja el hurto al ladrón su dueño.

MACRINO. ¡Buenos jueces!

RELATOR. ¡Extremados!

MACRINO. Serán, con tal libertad, ladrones los más honrados.

CONSTAN. Quiero que haya en mi ciudad castigo de descuidados; hurta sin que te corrija el temor.

LADRÓN. Tu Imperio rija desde el Indo Batro al Tíbre. *(Vase.)*

CONSTAN. Anda con Dios, vete libre.

MACRINO. (No sé de esto qué colija.)

CONSTAN. Venga otro preso.

RELATOR. Este mozo ha que está en el calabozo un mes.

LIDORA. ¿Y por qué desastre?

RELATOR. Porque hurta, siendo sastre, sin máscara ni rebozo la mitad de todo cuanto corta.

LIDORA. Ya es inclinación muy antigua; no me espanto, si han de vestir un pendón que crece y que dura tanto.

CONSTAN. Yo remediaré este daño sin que haya más engaño, ni los prendan más por eso; tomen por medida y peso de hoy más, los sastres el paño, y después que esté cosido, cuando lo vuelvan á dar, sea pesando el vestido, y así no podrán hurtar.

*(Vase el Sastre.)*

LIDORA. Traza de tu ingenio ha sido.

CONSTAN. Otro.

RELATOR. Este es un casado que ha un año que no hace vida con su mujer, y hanle hallado

con otra mujer perdida dos noches.

CONSTAN. No es gran pecado. Ven acá, ¿cuánto ha que estás casado ó cansado, y das sustento á mujer y casa?

HOMBRE. Señor, de diez años pasa.

CONSTAN. Pobre de ti, ¿diez?

HOMBRE. Y aún más.

CONSTAN. Suficientes eran dos para hacerte padecer un infierno; anda con Dios, mártir eres de mujer, no hagáis más vida los dos.

*(Vase el Hombre.)*

Y pregónese en mi nombre, aunque mi Imperio se asombre, de mandatos tan extraños, que de cuatro en cuatro años remude mujer el hombre.

RELATOR. ¿Vos contra la ley cristiana?

CONSTAN. No importa, otra ley me avisa que fuera cosa bien sana el mudar como camisa la mujer cada semana.

MACRINO. ¡Ay Grecia, que vas perdida!

CONSTAN. La experiencia me convida hacerlo de aquesta forma; que no hay más pesada corma que una mujer de por vida. ¿Por qué estáis preso?

RELATOR. Señor, en un horno echar le han visto con herético furor, cuando ardiendo estaba, un Cristo, y aún afirma en el error del Emperador León, autor de blasfemias tantas, que cuantos adoración á las imágenes santas diesen, idólatras son.

CONSTAN. Dice la verdad más cierta de cuantas mi ley concierta; sólo á Dios se ha de adorar del cielo, y no idolatrar un palo ó estatua muerta. Y publique Grecia luego que honrar simulacros tantos es error de herejes ciego; las imágenes de santos se quemén, haciendo un fuego público, pena de muerte.

RELATOR. Vuelve, gran señor, en ti.

CONSTAN. A Dios honro de esta suerte. ¿Contradiceslo tú?

RELATOR. Sí. Oye, Emperador, advierte: la adoración que se aplica á la imagen, prenda rica de nuestra humana miseria, no es por ella ó su materia, más por lo que significa. Es la imagen como historia que nos trae á la memoria en los católicos templos los portentosos ejemplos de los que están en la Gloria.

Si porque de palo son ó plata, los adorara la cristiana religión y adelante no pasara nuestra justa devoción, fuera idólatra sin duda quien una imagen desnuda reverenciara, y tuviera por Dios y favor pidiera á un palo, á una tabla ayuda. Mas, como tu sello real se estima en tu propia cuenta, no porque es de oro ó metal, sino porque representa tu dignidad imperial, y de quien le depreciara y en las llamas le arrojara se agraviara tu corona, cual en tu misma persona su locura ejecutara, de esa suerte, pues, la gente que de la inmortal presencia de los santos vive ausente, su memoria reverencia en sus tablas solamente. Y si con error tan ciego mandas que tu Imperio griego quemé sus santas figuras, los mismos santos procuras echar también en el fuego.

*(Levántanse.)*

CONSTAN. Prended á aqueste hablador; veamos si hay algún santo que venga á darme favor; y esté sin comer en tanto que defendiese este error, que debajo de los pies los he de poner, pues es idólatra quien los precia. Bien parece que eres, Grecia, la república al revés.

*(Vanse.)*

## ESCENA VI

*Salen el REY DE CHIPRE y ROSELIO.*

ROSELIO. Según dijo el marinero, las olas del mar amargo tomaron, padre, á su cargo vengar nuestro agravio fiero; que escondiendo en su profundo su lascivo cuerpo, intenta que sepultando tu afrenta no venga á saberla el mundo. A Chipre puedes volverte; que si Carola ha manchado su honor, el mar ha lavado la mancha, con darle muerte.

REY. ¿Cómo ha de poder lavar el mar mi justo dolor, si para manchas de honor es poca el agua del mar? ¡Ay, Roselio, que no puedo persuadirme á que la Infanta fué autora de culpa tanta, y temo que ha sido enredo

del infame Emperador!  
ROSELIO. A mí, la propia sospecha me tiene el alma deshecha.  
REY. Oye, que viene un pastor, y en este desierto quiero saber en qué parte estoy.

## ESCENA VII

*Sale LEONCIO de pastor.—Dichos.*

LEONCIO. Cielo airado, ¿dónde voy? ¿Qué pretendo? ¿En quién espero? Mi suerte vil, ¿qué procura? ¿De quién huyo, si conmigo traigo el mayor enemigo, que es la falta de ventura? ¡Ah fortuna vill! ¿así das á Leoncio sosiego? ¿Es este el imperio griego y mundo que abierto vi? Mas, cómo juegas y burlas, burláronme tus quimeras, tú me afrentarás de veras, pues que me honraste de burlas.

REY. ¡Leoncio! ¡Oh, dichoso el día en que el cielo soberano quiere, que vengue mi mano vuestra deshonra y la mía.

*(Cógente los dos y sacan las dagas.)*

¡Ah, traidor! Aquí tu insulto me pagarás sin huir, que Dios sabe descubrir lo más secreto y oculto.

LEONCIO. ¿Roselio? Rey, gran señor detente, escucha primero.

ROSELIO. ¡Ah, lobo vil, que el cordero despedazas de mi honor! ¿Qué injuria te hice jamás que así mi sangre deshonras?

REY. Ladrón cruel de las honras, yo haré que no robes más.

LEONCIO. Si con mi muerte te pagas de tu agravio, morir quiero; mas óyeme Rey, primero, para que te satisfagas; que ese furor ya imagino y sé que debe de ser por haberte hecho creer que te afrenté, Constantino. Mas la noche que á Carola de esposa la mano dió en su lugar pretendió, gozar á su dama sola, y dándome de ello cuenta, me mandó que procurase cómo la Infanta quedase ignorante de esta afrenta. Yo, que en la amorosa llama de Lidora me encendí, al revés la traza di, y trocando cuadra y cama, su esposa el César gozó, que era Lidora creyendo, y al mismo tiempo fingiendo que era Constantino yo, en nombre suyo gocé

la hermosura de Lidora,  
y á la infanta, mi señora,  
de aquesta suerte vengué.  
Y en este fingido traje,  
temiendo fuese sabida  
mi traza, libré la vida.  
Si esto ha sido hacerte ultraje,  
mátame, Rey, mas no creo  
que lo juzgarás por tal.  
REY. Antes muestras de leal,  
Leoncio, en tu rostro veo;  
yo estoy cierto que has contado  
la verdad, porque acá dentro  
el corazón en su centro  
así lo había adivinado.  
Roselio, ¿qué te parece  
si fué cierto mi temor?  
ROSELIO. Estoy confuso.  
REV. ¡Ah traidor  
Constantinol, bien parece  
que eres griego, descendiente  
de Ulises y sus engaños;  
no corte el hilo á mis años  
la Parca, que venir siente  
mi vejez larga y prolija,  
hasta que asuele tu imperio;  
vengue mi difunta hija.  
LEONCIO. ¡Válgame Dios!, pues ¿es muerta?  
REY. ¡Ay, Leoncio amigo, si,  
ya muriól mas vive en mi  
su venganza.  
LEONCIO. Será cierta,  
si á tu reino luego partes  
y embarcando armas y gente  
sobre Grecia de repente  
pusieres tus estandartes  
en las famosas almenas  
de Constantinopla, adonde  
nuestro enemigo se esconde;  
que mientras tu campo ordenas,  
yo en persona partiré  
á las legiones que están  
sin caudillo y capitán  
en Armenia, y las haré  
amotinarse y venir  
contra este desatinado  
que á todos nos ha afrentado.  
Fácil será persuadir  
al ejército que haga  
esto, y más que los soldados  
se ven de él menospreciados  
y ha un año que no les paga.  
REY. Pues con aquesta esperanza  
yo me parto.  
LEONCIO. Y yo también.  
REY. Muerte, tu curso detén  
hasta que me des venganza. (Vanse.)

## ESCENA VIII

Sale LIDORA con CAMILA á tocarse al espejo y siéntase.

CAMILA. ¿Qué vestido has de ponerte?  
LIDORA. Cualquiera; saca el morado  
sobre tela acuchillado.  
CAMILA. Triste estás de aquesta suerte.  
LIDORA. ¿Triste? ni por pensamiento;  
lo morado, ¿no es amor?

CAMILA. Sí; pero aqueese color  
es de Cuaresma ó Adviento.  
LIDORA. Salga el turquesado, pues.  
CAMILA. Deja lo azul á los cielos,  
no te pronostiques celos;  
el de rosa seca es  
buen color y grave.  
LIDORA. Quita  
allá tanta terquedad;  
que la rosa de mi edad  
ni está seca ni marchita.  
CAMILA. Ponte el de flor de romero.  
LIDORA. La color es extremada,  
pero el nombre no me agrada.  
CAMILA. ¿No le quieres?  
LIDORA. No le quiero.  
CAMILA. ¿Qué es la causa porque cobras  
odio al romero?  
LIDORA. ¿No ves  
que huele á pobreza y es  
la pastilla de los pobres?  
CAMILA. Pues traeréte el verde obscuro.  
LIDORA. Verde obscuro, ¿qué mudanza  
entristece mi esperanza?  
¿No vive mi amor seguro?  
CAMILA. Ponte el blanco.  
LIDORA. Es de novel  
que se arma caballero.  
CAMILA. ¿Pajizo?  
LIDORA. No desespero.  
CAMILA. ¿Encarnado?  
LIDORA. Es muy cruel.  
CAMILA. ¿Verde mar?  
LIDORA. No me contenta,  
que esperanza puesta en mar  
ó se tiene de anegar  
ó ha de padecer tormenta.  
CAMILA. El leonado es á mi gusto.  
LIDORA. No me llamo yo Leonora  
ni estoy congojada ahora.  
CAMILA. Ponte el negro.  
LIDORA. De ese gusto  
ningún color se le iguala,  
por eso con él me alegro,  
que sale sobre lo negro  
por extremo cualquier gala.  
Ponle los botones de oro  
porque no digan que es luto.

## ESCENA IX

Sale CONSTANTINO.

CONSTAN. A darte viene tributo  
el amor con que te adoro.  
La sala de mi consejo,  
llena de mil negociantes  
y embajadas importantes  
sólo por tu causa dejo,  
que tiene que negociar  
mil cosas contigo el alma  
y vive sin verte en calma.  
LIDORA. Déjame, mi bien, tocar.  
Por fuerza has, señor, de ver  
mis faltas. ¡No me dejas  
tocar primero!  
CONSTAN. Dos caras  
suelen dar á la mujer,

una hermosa y otra fea;  
la hermosa es cuando compuesta  
hace al gusto plato y fiesta  
y los sentidos recrea.  
Pero cuando se levanta  
dicen que pone temor,  
que una cara en borrador  
no enamora, sino espanta.  
De ti otro tanto juzgara  
á no venirte así á ver,  
mas ya sé que, aunque mujer,  
no tienes más de una cara.  
LIDORA. Reir me has hecho; alza más  
aqueese espejo.  
CONSTAN. ¿Está bien?  
LIDORA. Sí; aqueesos cabellos ten.  
CONSTAN. Los rayos del sol dirás.  
LIDORA. ¿Estoy á tu gusto?  
CONSTAN. Sí.  
LIDORA. Pues no sé cómo, que dejo  
de mirarme en el espejo,  
mi bien, por mirarme en ti.  
CONSTAN. Suelta estos pocos cabellos  
al descuido, que es donaire  
verte el rostro cuando el aire  
está jugando con ellos.  
Ahora que te has tocado,  
mírate bien, cara esposa,  
verás si es mi dama hermosa  
y si estoy bien empleado.  
LIDORA. No por cierto; más mereces,  
que es fea y de necio trato,  
mírate tú en tu retrato  
y verás cuán bien pareces.  
(Mirase Constantino en el espejo y espántase.)  
CONSTAN. ¡Ay!  
LIDORA. ¿Qué has visto?  
CONSTAN. Un hombre armado  
del propio rostro y figura  
de Leoncio, que procura  
matarme.  
LIDORA. ¡Lindo has estado!  
¿pensabas burlarme así?  
CONSTAN. ¿Turbárame á no ser cierto  
lo que he visto?  
LIDORA. ¿A Leoncio muerto  
no le trajeron aquí?  
Calla, que ese es devaneo.  
CONSTAN. ¡Ay cielos!, quítale allá  
¿no le has visto cual está?  
(Vuelte á mirarse.)  
LIDORA. Sola aquí mi imagen veo.  
CONSTAN. Alguna hechicera vil  
me pretende dar la muerte  
con hechizos de esa suerte;  
y si es encanto sutil  
no hago de hechizos caso  
que soy otro Ulises yo.  
Leoncio ya se murió,  
¿qué mal puede hacerme?

## ESCENA X

Salen un MARINERO y MACRINO.—DICHOS.

MARINER. Paso.  
MACRINO. Aguárdate allá, grosero.

MARINER. Si está aquí el Emperador  
téngole de hablar. Señor,  
yo, que un pobre marinero  
soy, he sabido que das  
premio á quien noticia tiene  
de la Emperatriz Irene.  
CONSTAN. ¿Tienesla tú?  
MARINER. Sí; sabrás  
que en los montes más cercanos  
de Constantinopla está,  
y fácilmente vendrá  
ella y Carola á tus manos,  
porque si no es un pastor  
no tienen otra defensa.  
CONSTAN. Digno eres de paga inmensa;  
premiaréte mi favor.  
Y á fe que ha de ser de traza  
que en vida y trato mejores.  
Llamadme mis cazadores,  
que quiero salir á caza.  
LIDORA. Pues yo os he de acompañar,  
que una caza como aqueesa  
promete famosa presa.  
CONSTAN. A mi madre he de cazar;  
que pues su vida me mata,  
matarla por vivir quiero.  
LIDORA. Camila, dame el baquero  
de verde y hojas de plata. (Vanse.)

## ESCENA XI

Salen LEONCIO de pastor, y SOLDADOS.

LEONCIO. Soldados del griego Imperio;  
capitanes valerosos  
de vuestra patria defensa,  
de los contrarios asombro;  
vosotros que tantas veces  
las banderas habéis roto  
de la multitud morisca,  
y á quien tiembla el mundo todo;  
vosotros que habéis vencido  
tantos bárbaros remotos,  
como son: tártaros, persas,  
húngaros, polacos, godos;  
vosotros, griegos, en fin,  
¿consentís que os rija un mozo,  
un Emperador hereje,  
un disparatado, un loco?  
¿Qué es de vuestro valor, griegos?  
¿Qué es del renombre glorioso  
con que el magno Constantino  
pasó aquí su Imperial trono?  
¿Sabéis á qué Augusto César  
honran las hojas de Apolo?  
¿Queréis ver que hazañas hace?  
Escuchadme, pues, un poco:  
A la Emperatriz Irene,  
que acaudillándoos á todos,  
con ser mujer, dejó atrás  
los hechos del Macedonio,  
prendió, y queriendo matarla,  
huyó á los desiertos solos  
donde desterrada habita  
entre tigres pardos y osos.  
La hija del Rey Chipre,  
á quien dió mano de esposo,

fué por él menospreciada la noche del desposorio, y con una dama suya casado otra vez, ha roto la ley de Dios retirando el primero matrimonio. Los Senadores ha muerto, desterrado vive Andronio, y premiando á quien me mate huyo en este traje tosco. Pero todo aquesto es nada, que de lo que más me asombro, es que á Dios pierde el respeto. Los simulacros devotos de Cristo y su madre y santos echa en el fuego furioso y la adoración les niega; prisiones y calabozos de mil católicos llenos, para el martirio están prontos, por no seguir las blasfemias de este bárbaro furioso. ¿Este Emperador tenéis, capitanes belicosos? ¿éste consentís que viva? ¿Acaso es por los tesoros que con vosotros reparte? Yo sé que no; porque sólo los gozan los lisonjeros, truhanes, rameras y otros semejantes en sus vicios, pues ha un año que estáis todos sin pagas y despreciados. ¡Alto, soldados famosos! sacudid este vil peso de vuestros honrados hombros, y muera aqueste tirano de Grecia y del mundo oprobio. ¡Leoncio, *semper* Augusto, viva y reine!

UNO.

TODOS. ¡Viva Leoncio!

LEONCIO. No, soldados, otro habrá más digno del cargo honroso que me dais.

TODOS. ¡Leoncio viva!

LEONCIO. Legiones de Armenia, hoy pongo en vuestras manos mi vida.

TODOS. ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

LEONCIO. Pues Emperador me hacéis, desde hoy á mi cargo tomo vuestra defensa; marchad á Constantinopla todos,

que allí el de Chipre me aguarda con armas, gente y socorro en venganza de su injuria.

¡Cielo benigno y piadoso, ya miro cierto y cumplido el pronóstico dichoso

de mi Imperio; no permitas que tenga fin lastimoso!

¡Alto á Grecia, capitanes, que os aguardan sus tesoros!

UNO. ¡Muera el loco Constantino!

TODOS. ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

(*Llévante en brazos; suena dentro ruido de caza y gritan.*)

## ESCENA XII

CONSTANTINO, MACRINO y otros, luego LIDORA.

CONSTANTINO.

No vengo á cazar fieras ni es mi intento que tras el oso ó tigre el lebrél ladre; cesen las voces que atronáis el viento, que aquesta caza no es razón que os cuadre. Si en ella pretendéis darme contento, en vez de jabalí cazad mi madre, que ella es la presa que pretendo sola.

(*Sale Lidora de caza.*)

LIDORA.

Cazadores, ¿qué hacéis? dadme á Carola.

CONSTANTINO.

¡Oh, mi nueva Diana! A veros Febo en ese traje, que érades creyera su antigua Dafne, y con curso nuevo segunda vez gozaros pretendiera.

LIDORA.

Como sólo con vos el gusto cebo, Dafne esquiva para Febo fuera vueltos laurel mis desdenosos brazos, que sólo son de vuestro cuello lazos.

CONSTANTINO.

El sol, que aqese disfavor escucha, intenta, por vengarse, que os ofenda de su luz el calor que ahora es mucha; haced, mi bien, que os armen una tienda al pie de aquella encina, mientras lucha mi amor con vuestra ausencia, porque emprendo el fin que intento, y vuestro gusto trace [da cuando á mi madre con Carola cace.

LIDORA.

Pedirme albricias cuando halléis la Infanta, que á fe que he de intentar nuevos favores, y porque Apolo su cenit levanta, adiós, querido esposo.

CONSTANTINO.

Adiós, amores.

¡Alto, amigos! No quede peña ó planta que no busquéis, pues de los cazadores el que hoy lo fuese de mi madre Irene ser cazador mayor por premio tiene.

CAZADOR 1.º

Dichoso quien tuviere tal ventura; señores, cada cual tome el camino distinto y busque sólo la espesura.

CAZADOR 2.º

Bien dices;irme sólo determino.

CONSTANTINO.

Gana de dormir tengo.

MACRINO.

Pues procura al margen deste arroyo cristalino

recostarte, ó al pic de aquellas hayas, que yo te guardaré.

CONSTANTINO.

Pues no te vayas.

(*Echase á dormir.*)

MACRINO.

El apacible sitio me convida de aquella zarza con taray funesto y parras enlazada y retejada. Adiós, durmióse; el sueño tiene presto; á mi zarza me voy que en ella anida un ruiseñor y es agradable el puesto. ¡Que el sueño ponga á un hombre de esta suerte! Bien dicen que es imagen de la muerte.

(*Echase á dormir.*)

## ESCENA XIII

*Descúbrese una rueda grande, á cuyos pies estará CONSTANTINO durmiendo, y en la cumbre estará asentada IRENE, armada, con espada, mundo y corona, y á un lado CAROLA, que va subiendo, y á otro LEONCIO, cabeza abajo, como que se precipita; y á una parte la FORTUNA, vendados los ojos, la cual dice primero de dentro.*

FORTUNA.

Ah, Constantino!

CONSTANTINO.

¿Quién mi sueño asalta?

FORTUNA.

La que es más variable que la Luna; la que al tiempo mejor se muda y salta.

CONSTANTINO.

¿Qué quieres, diosa ciega é importuna?

FORTUNA.

Tu silla derribar, que está muy alta.

(*Descúbrese la rueda.*)

CONSTANTINO.

¿Qué rueda es esa?

FORTUNA.

La de la Fortuna.

CONSTANTINO.

¿No estaba encima yo, mudable rueda? Pues ¿cómo estoy abajo?

FORTUNA.

Como rueda.

CONSTANTINO.

¿Quién es aquella, pues, que en lo alto tiene el trono que he heredado de mi padre?

FORTUNA.

Esta es, cruel, la Emperatriz Irene, que ya se menosprecia en ser tu madre; presto verás que á castigarte viene, pues porque al cielo tu castigo cuadre,

á cuyos santos das tantos enojos, te ha de sacar aquestos viles ojos.

CONSTANTINO.

Temerosa visión, Fortuna loca, ¿por tan pequeña culpa, pena tanta?

FORTUNA.

Según la que mereces, ésta es poca.

CONSTANTINO.

¿Quién es esa que sube y se levanta en tu rueda, que á envidia me provoca?

FORTUNA.

Carola es ésta, la inocente Infanta á quien risueña, su fortuna esquiva, la mano ha dado porque suba arriba.

CONSTANTINO.

Su virtud lo merece; y ¿qué soldado es aquél, diosa fácil, á quien quitas la corona imperial que le habías dado y al suelo de tan alto precipitas?

FORTUNA.

Leoncio es, que el imperio te ha quitado, á quien prenderá Irene.

CONSTANTINO.

Al fin limitas en el caer, si en el subir; ¿y es cierto que es Emperador?

FORTUNA.

Sí.

CONSTANTINO.

Pues ¿no era muerto?

FORTUNA.

Vida tirana por tu daño tiene, y ya llega á prenderte.

CONSTANTINO.

¡Ah, de mi guarda!

(*Ciérrese la apariencia.*)

¡Filipo! ¡Lesbio! ¡Alesio! ¿nadie viene? ¿ah, Macrino?

## ESCENA XIV

CONSTANTINO y MACRINO.

MACRINO.

Señor, ¿quién te acobarda?

CONSTANTINO.

Prende á Leoncio, da la muerte á Irene, saca la espada.

MACRINO.

Ya la saco, aguarda.

CONSTANTINO.

Mata á Carola.

MACRINO.  
Ten, señor, sosiego.  
CONSTANTINO.  
¿A Leoncio no ves monarca griego?  
MACRINO.  
Soñando estás, que no hay persona alguna  
en todo aquesto que inquietarte pueda.  
CONSTANTINO.  
Luego ¿no ves la rueda de Fortuna?  
MACRINO.  
¿Qué rueda ó qué fortuna?  
CONSTANTINO.  
Vi su rueda,  
y en ella, hasta la esfera de la Luna,  
está mi madre, que en su cumbre queda;  
sube Carola, cae Leoncio al suelo,  
y yo, abatido, mi prisión recelo.  
MACRINO.  
Déjate de eso, gran señor, sosiega,  
pues, es creer en sueños, desatino.  
CONSTANTINO.  
¿Leoncio, cielos, en mi silla griega?

## ESCENA XV

Salen dos CRIADOS, uno tras otro.—DICHOS.

CRIADO 1.º  
Huye la muerte, invicto Constantino,  
que ya Leoncio en busca tuya llega  
con la gente de Armenia.

CONSTANTINO.  
¿Ves, Macrino,  
cómo soñé verdad?

CRIADO 1.º  
Toda tu gente  
le llama augusto César del Oriente.  
Entró en Constantinopla, y en la plaza  
la corona le dió su Patriarca,  
y sabiendo que aquí viniste á caza,  
te viene á dar la muerte.

CRIADO 2.º  
Gran Monarca:  
el de Chipre las olas embaraza  
al pie de aqueste monte, echando á tierra  
gran multitud de gente en son de guerra.

CONSTANTINO.  
¡Todos son contra mí! mas no me espanto,  
que he sido contra todos: ¿No hay do pueda  
huir la muerte, pues el cielo santo  
es mi enemigo y su favor me veda?  
Seguí mis torpes vicios hasta tanto  
que me han puesto debajo de tu rueda,

fortuna vil; ¿por qué razón me infamas?  
¡Mas, ay, que eché los santos en las llamas!  
(Vase.)

## ESCENA XVI

Sale CAROLA vestida de pieles.

Ya creí, Fortuna airada,  
que viviendo entre las fieras  
me dejaras y estuvieras  
con mis desdichas vengada.  
Mas, pues hasta aquí me sigues,  
mi muerte te es de importancia,  
dime, pues, ¿por qué ganancia,  
fortuna vil, me persigues?  
¿Cuándo entiendes de poner  
fin á tu venganza fiera?  
Tenme lástima, siquiera  
por ser, como tú, mujer.  
Mas ¡ay cielos! que imagino  
que ya mi fin se llegó.

(Tocan de dentro cajas.)

## ESCENA XVII

Salen marchando LEONCIO y SOLDADOS.—CAROLA.

LEONCIO. No seré Emperador yo  
mientras viva Constantino.  
Buscadle, que mi rigor  
en su oprobio y vituperio,  
me trae por cazar su imperio,  
á caza del cazador.

PERO ¿qué mujer es esta  
que aquí llora, triste y sola?  
Cielos, ¿no es esta Carola,  
Infanta? Haga Chipre fiesta,  
si sois vos; albricias pida  
la fama por tantos bienes.

CAROLA. ¿Qué es esto Leoncio? ¿vienes  
para dar fin á mi vida?  
¿Envía por mí el augusto?  
Constantino?

LEONCIO. Yo, señora,  
soy solo el augusto ahora,  
que de vuestro gusto.  
El lauro imperial me ha dado  
Grecia de todo el Oriente,  
y de que estáis inocente  
el Rey de Chipre informado.  
Justas venganzas concierto  
y con ejército viene  
en mi favor, aunque os tiene  
él y Roselio por muerta;  
yo le dejé satisfecho  
de vuestro mucho valor.

CAROLA. Si resucita mi honor,  
cielo, poco mal me has hecho.

LEONCIO. ¿Quién os pudo sustentar  
sola en aquesta espesura?

CAROLA. Quiso mi suerte y ventura  
que, habiéndome echado al mar  
casimuerta, á tierra vino  
á darme el vital favor  
Irene, con un pastor  
que, huyendo de Constantino,

en este desierto tiene  
más amparo que en su hijo.  
LEONCIO. (Ya mi perdición colijo,  
si halla mi campo á Irene.  
Importarame quitarla,  
si quiero imperar, la vida  
antes que sea conocida.)  
¿Dónde, Infanta, podré hallarla?  
CAROLA. ¿Qué es lo que quieres hacer?  
LEONCIO. ¿Qué? respetarla y tenella  
por señora, pues es ella  
quien me ha dado vida y ser.  
(Otro intenta el corazón.)  
CAROLA. Si eso es así, vamos donde  
de su propio hijo se esconde.  
LEONCIO. Ya temo mi perdición.  
(Gritan adentro.)  
TODOS. ¡Viva Irene, viva Irene!  
LEONCIO. ¿Qué es esto, fortuna esquivia?  
TODOS. ¡Viva Irene, Irene viva!  
OTRO. A Irene el Imperio viene.

## ESCENA XVIII

Sale un SOLDADO.—DICHOS.

SOLDADO. Todo tu campo, señor,  
se amotina; en salvo ponte,  
que hallando á Irene en el monte  
huyendo con un pastor,  
el ejército la aclama  
por Emperatriz augusta  
y ya de tu muerte gusta  
y á voces tu nombre infama.

LEONCIO. ¡Ah! ¡Variable fortuna,  
qué poco estuviste queda;  
subíteme en tu vil rueda  
hasta el cerco de la luna,  
y ya me vences y ultrajas!

TODOS. ¡Viva Irene, Irene viva!  
LEONCIO. ¿Por qué me subiste arriba  
pues que tan presto me abajas?

UNO. Emperatriz es Irene,  
ella viva, Leoncio muera.  
CAROLA. ¡Cielos! pues Irene impera,  
¿qué aguardo? Pero ya viene.

## ESCENA XIX

Salen IRENE y SOLDADOS.—DICHOS.

IRENE. A lo menos en prisión,  
soldados, es bien que esté  
quien á su Emperador fué  
traidor; que, si por razón  
me da que sus desvarios  
le obligaron á negarle  
la obediencia y á quitarle  
su imperio y sus señoríos,  
responderé que no hay ley  
ni razón ninguna halló  
con que despoje un vasallo,  
por malo que sea, á su Rey.  
No quiero la muerte darte,  
aunque la pida tu error,  
que un hereje Emperador  
á aqueso pudo obligarte.

Pero con tenerte preso  
castigaré tu traición.  
LEONCIO. Tus pies en mi boca pon,  
pues mi locura confieso,  
goces señora mil años  
del mundo la redondez,  
que te conoce otra vez  
por su Augusta.  
IRENE. Ya los daños  
de nuestra persecución,  
Infanta, se han acabado;  
ya el cielo aclaró el nublado  
de su obscura confusión.  
Vos imperaréis conmigo,  
dadme los brazos.  
CAROLA. Ya he dado  
por feliz mi mal pasado.  
IRENE. Buscad á aqueso enemigo.  
Castigaré la malicia  
con que á tantos ofendió,  
que, aunque soy su madre yo,  
es mi madre la justicia.  
Pero ¿qué es esto? (Suenan cajas.)

## ESCENA XX

Salen marchando el REY DE CHIPRE, ROSELIO y SOLDADOS, y sacan á LIDORA y á CONSTANTINO sin espada sale también ANDRONIO.

REY. ¡Tirano!  
De los hombres destrucción,  
para tu imperio Nerón,  
para tu Dios Diocleciano.  
El cielo, que tu mal traza,  
me forzó á desembarcar  
donde pudiese vengar  
mi injuria.

CONSTAN. ¡Ah infelice caza!  
CAROLA. ¿Mi padre no es el que aquí,  
cielos, con mi hermano veo?  
¡Padre mío!

REY. Si el deseo  
no me hace salir de mí.  
¿Carola es ésta? Mas no,  
que es muerta, ¡fortuna esquivia!

ROSELIO. Bella hermana, qué, ¿estás viva?  
CAROLA. Sola mi pena murió.

Dejóme la vida el mar  
que vosotros perseguistes.

REY. Años largos, canas tristes,  
bien os podéis alegrar.  
Aquesos brazos enlaza  
á aquesta vejez prolija,  
y muera yo luego, hija.

TARSO. ¡Dichosa y alegre caza!  
CAROLA. Habla á la Emperatriz griega.

REY. ¿A quién?  
CAROLA. A Irene, por quien  
hoy nos vino tanto bien,  
y á quien Grecia alegre entrega  
el imperio que otra vez  
gozó.

REY. Qué, ¿aquí estáis señora?  
A la cumbre llegó ahora  
de sus dichas mi vejez.  
Y pues el cielo ha querido

- que otra vez por tal misterio subáis al famoso imperio que este tirano ha perdido, juzgadle, señora, vos, que aunque escondido le hallé y en él vengar intenté mis injurias, pues que Dios os hizo juez superior, su castigo ejecutad como madre con piedad, y como juez con rigor. También esta mujer loca por vos juzgada ha de ser, aunque el ser como es mujer á lástima me provoca.
- IRENE. Yo recibo, sabio Rey, los presos de vuestra mano, y si en Roma hubo un Trajano tan observante en su ley, dejar en Grecia colijo memoria que al mundo cuadre, sacando, aunque soy su madre, los ojos de un traidor hijo.
- CAROLA. Eso no, si es justa cosa que en aquesta ocasión llegue á vuestras plantas y ruegue por Constantino su esposa. Perdonadle, si merezco su vida; llegad los dos.
- IRENE. Juez de la causa de Dios he de ser; no me entenezco con ruegos; llevadle preso á una torre y denme cargos todos de sus vicios largos, que sustanciado el proceso, sin que me ablanden los llantos de su esposa, haré de modo que quede vengado todo el mundo, Dios y los Santos. Esa mujer que os sirvió, por vos sea castigada, que, pues fué vuestra criada y siéndolo os injurió, Infanta, el mayor castigo que al presente puedo darla me parece es entregarla á su mayor enemigo.
- CAROLA. Pues no lo tengo de ser con ella en esta ocasión; antes, si mi intercesión con vos algo ha de poder, os suplico perdonéis á Leoncio desde ahora, como reciba á Lidora, si os parece, por mujer.
- IRENE. Que se casen es razón; Emperadores han sido y á un mismo tiempo han caído del Imperio y su ambición.
- Sea su esposa, y si lo niega dadle muerte.
- LEONCIO. Yo, señora, digo que quiero á Lidora.
- LIDORA. Yo y todo, ¡ay fortuna ciega!
- IRENE. De secretario mayor, Tarso, el oficio tendrás, y con el cargo darás indicios de tu valor digno, que le envidió el mundo.
- TARSO. Tus pies imperiales beso.
- IRENE. No estoy contenta con eso, en premiarte más me fundo.
- TARSO. Das señora testimonio de quien eres; ya estoy rico.
- REY. Pues yo también os suplico que, dando perdón á Andronio, le volváis á su privanza, que huyendo de Constantino á valerse de mí vino.
- TARSO. Baste la burla en venganza que le hice disfrazado de mujer.
- IRENE. Yo, Rey, concedo cuanto pidáis.
- REY. Y yo quedo por mil partes obligado.
- IRENE. ¿Dónde al Príncipe mi nieto dejaste, Tarso?
- TARSO. Escondido en un roble le he tenido, temiendo el mortal aprieto en que la persecución nos puso de Constantino.
- IRENE. En su nombre determino gozar de la posesión del Imperio; ve por él, y á Constantinopla vamos donde bautizar le hagamos.
- CAROLA. Yo con mi padre y con él irme á Chipre determino, porque no podré sufrir en toda Grecia vivir viendo preso á Constantino.
- IRENE. Quédese, pues, el Infante por general de la guerra en todo mi imperio y tierra, que de este cargo importante es digno.
- ROSELIO. Tus plantas beso.
- IRENE. Alto: á mi Corte, soldados, que en ella seréis premiados como merecéis.
- TODOS. Con eso danos, señora, esos pies.
- UNO. ¡Viva Irene!
- TODOS. ¡Viva Irene!
- TARSO. Este fin, senado, tiene *La República al revés*.

## EL AQUILES

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

ULISES.	LISANDRO, <i>Príncipe</i> .
NICANDRO.	DIOMEDES.
TELÉMACO, <i>niño</i> .	PALAMEDES.
QUIRÓN, <i>viejo</i> .	GARBÓN, <i>pastor</i> .
HÉCTOR.	DEIDAMIA, <i>Infanta</i> .
AQUILES.	CASANDRA.
BRISEIDA.	NISIRO, <i>soldado</i> .
TETIS, <i>dama</i> .	TEBANDRO.
LICOMEDES.	POLICENA.
PELORO.	SOLDADOS.
MENELAO, <i>Rey</i> .	UN CRIADO.
PATROCLO.	UN PAJE.

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

Salen ULISES, TELÉMACO, *niño*, y NICANDRO, *griego*.

ULISES.

Nunca al tálamo justo, coyundas de Himeneo, de Peleo y de Tetis enlazaras con la cerviz el gusto; ya que dió á Peleo la mano Tetis, nunca convidaras los dioses, ni injuriaras la discordia traviesa, cuya manzana de oro ponzoña dió en tesoro é infausta sobremesa á la ocasión tirana si hechiza á toda Grecia una manzana. Nunca fuera piadosa con el pastor tirano la osa tributaria de sus pechos,

ó ya que de una osa mamó el licor villano, pues al monstruo cosario pagó pechos nunca de él satisfechos, árbitro juez le hicieran competidores ojos, ocasionando enojos, que tal venganza esperan, si yo llevo la pena, la gloria Venus y la culpa Elena. ¡Ay Penélope bella! ¡ay hijo amado mío! mitades de mi vida; en mi tormento, estorbos atropella de amor el señorío cuando á la honra obliga el juramento. Contra el pastor violento todos los griegos Reyes juraron la venganza de Menelao, y alcanza el rigor de sus leyes á mi quietud sabrosa seguro con tal hijo y tal esposa. El parche vengativo á vuestro Ulises llama,